

EL FARO MURCIANO.

DIARIO DE INTERESES MATERIALES, ARTES, CIENCIAS Y LITERATURA.

PRECIOS Y PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MURCIA.	PUNTOS DE SUSCRICION	FUERA DE MURCIA.
Un mes. 8 reales.	En Murcia.—Librerías de Riera; Contraste y Príncipe Alfonso; de Belda, Lencería; y en la Redacción y Administración, Arco del Vizconde, 5, tercero.	Trimestre. 24 reales.
Tres id. 20 »		Semestre. 42 »
Seis id. 36 »		Año. 74 »

Murcia 28 de Marzo de 1868.

LA AGRICULTURA CONSIDERADA COMO BASE DE TODO PROGRESO HUMANO.

No en balde plugo al Eterno que se libertaran de las implacables y destructoras garras del tiempo, esos severos espectadores de los primeros dramas en el teatro del mundo, y que bajo formas tan diversas contempla hoy el viajero en las regiones orientales del continente antiguo. No son testigos mudos de su pasada gloria y rico porvenir en las ciencias y en las artes los que aquellos poderosos y florecientes imperios legaron á las generaciones venideras; son oráculos siempre dispuestos á contestar las preguntas que sobre el pasado se les consultan, son el anatema eterno contra las instituciones que dan por necesarias consecuencias la detención del progreso humano; son, en fin.....

Pero abstengámonos de propias reflexiones, y respetando el derecho que tienen adquirido las que en el día pertenecen al dominio de la historia, sigamos el claro sendero que nos señala, y que han de conducirnos sin dificultad al término propuesto y deseado.

Hace algunos años que la casualidad (y motivos extraños al interés de nuestros lectores nos asisten para decirlo así) hizo que llegara hasta nosotros el eco de la voz de alarma que á los modernos agricultores daba una notabilidad científica de nuestros días, con ocasión de celebrar uno de los actos solemnes con que se conmemoran en el templo de las ciencias sus rápidas conquistas.

A partir de aquel instante es desde cuando adquirimos el completo convencimiento de que nuestras espontáneas ideas no eran vagas ni desacertadas suposiciones. Se anunciaba por la autorizada palabra del ilustre baron de Liebig que Babilonia, Persia, Grecia y Roma no habían

sucumbido, tanto por los rudos y violentos ataques dados á sus mas altos derechos y principios políticos por los enemigos de la sociedad, cuanto por el lamentable estado de abandono en que cayeron aquellos pueblos respecto al cultivo de sus campos.

Tales eran nuestras creencias, y en obsequio de la verdad cúmplenos hoy el deber de manifestar, siquiera sea muy ligeramente, los motivos que á pensar así nos inducian, reservando la gloria de las pruebas concluyentes al que verdaderamente le corresponde, al autor de ellas, al baron de Liebig.

Muchas veces nos hemos ocupado de la marcha de la humanidad, escitados por este ardiente deseo y guiados por nuestra débil razon, y otras tantas hemos sido detenidos en nuestro camino por los graves obstáculos que inteligencias superiores nos oponian: y á la verdad que toda resistencia por parte de la razon humana parecia quedar reducida á la impotencia ante los, al parecer, incontrovertibles juicios del critico-historiador.

Confesamos sinceramente que nuestras escasas fuerzas intelectuales no bastaban solas á contrarrestar las profundas reflexiones reunidas que nos salian por do quiera al encuentro.

El sistema de las castas y la falta de unidad y organismo político, aseguraban unos, fué para aquellos pueblos la mortal cuchilla que cortó el hilo de su vida histórica.

¡Oh institucion maldita y obra detestable de los ministros de Brahma! era lo primero que nos ocurría. Pero repuestos algun tanto de la primera emocion, no, no, contestábamnos; no es solo esa, ni puede ser la causa única y verdadera de la ruina de aquellos grandes pueblos. Podrán muy bien sus terribles efectos paralizar siglos enteros el libre desarrollo de sus fuerzas mas no destruirlas. Y en prueba de esto nos salia al encuentro el imperio chino con sus actuales «trescientos

los sesenta» millones de habitantes, y en donde es sabido pesan sobre el pueblo, hace dos mil años, estas y otras desgracias que concurren á impedir allí la entrada de toda novedad, de todo libre esfuerzo humano.

Otros decian que la falta de independencia política á que los condenaron poderosos conquistadores, fué, sin duda alguna, el agente destructor de ellos; pero hechos harlo recientes é inmediatos á nosotros para poderlos olvidar tomaban de su cuenta el contradecir semejante suposicion. ¡La infeliz Polonia era en este caso la encargada de suministrarnos efectivos y contrarios datos! Podrán, no lo dudamos, las consecuencias de este mal oscurecer el carácter de nacionalidad, y acaso extinguirlo para siempre, si el Estado que la sufre es un compuesto heterogéneo de pueblos y naciones, de costumbres é intereses; pero esterminarlo, nunca, si fué uno solo, y conserva incorruptible y en grado superior el elemento primero de su vida. Así vemos al pueblo egipcio conservar á través de los siglos, á la vez que su religion, instituciones y costumbres, el aborrecimiento á los invasores éxtranjeros que tantas veces desolaron aquel país: los persas, los griegos y romanos, y hasta el Alejandro de los tiempos modernos, lo hicieron blanco de sus ambiciones; y, sin embargo, sobrevivió á sus enemigos asiáticos, y... quizá,...

No han faltado tambien historiadores que, dominados por la idea de la época en que escribieron, con menoscabo de una de las mas brillantes cualidades que deben adornar á los que se dedican á escribir historias, se hayan enconado ciegamente con las opuestas, hasta el punto de hacer parecer á sus obras, sin ser verdad, «un trabajo de encargo y una fábula convenida», como muy oportunamente dice en su prólogo un historiador alemán.

Así vemos que mientras el ilustre Masden tomá por fundamento principal de la decadencia y ruina del Imperio romano